



CONCHA CASAS

## Un esbozo del infierno

**N**O hace muchos días pude contemplar en directo como el fuego destruía lo poco de verde que aún nos queda en este pequeño rincón en el que habito. Primero fue el olor lo que me puso sobre aviso, al asomarme a la ventana el humo, un humo tan denso que consiguió oscurecer al mismo sol y al final, al girar la vista hacia atrás, las llamas, enormes, devastadoras e implacables.

Un viento tan abrasador como las mismas lenguas de fuego que avanzaban hacia nosotros, las crecía y aceleraba su mortal avance. Fueron momentos de pánico, impotencia y miedo. Pero sobre todo de impotencia. En esos momentos, ser creyente es una ventaja, porque los de a pie, lo único que podemos hacer es eso, rezar.

Todo esto ocurrió en menos de una hectárea de terreno, que afortunadamente la rápida y eficaz intervención de las distintas dotaciones contra incendios (tres helicópteros, una avioneta y por supuesto los mismos bomberos), consiguieron impedir que llegase a las casas, cuyas fachadas sí conocieron el sabor ardiente de esas lenguas.

Fue apenas un esbozo del infierno. ¿Qué no será lo que está ocurriendo en casi todo nuestro país?

El fuego, el elemento que ahora nos castiga, es a la vez creación, nacimiento, principio y luz, pero ahora nos visita en su vertiente más destructiva.

Por eso ha sido siempre el símbolo del bien y del mal. Y como representante de este último, acabó convirtiéndose en el elemento de lo maligno por excelencia, en el único paisaje del averno. Simbolismo que siglos después utilizaría la Inquisición para liquidar a sus enemigos, dándoles en vida un anticipo de lo que supuestamente les esperaba para toda la eternidad.

No entiendo porqué cada verano nos visita. Desde que dimos la espalda a la naturaleza, nos olvidamos que formamos parte de ella misma y la dejamos a su suerte. No solo no la cuidamos, ni limpiamos, sino que amontonamos sobre su suelo nuestros desperdicios sin el más mínimo pudor.

Dicen que ya no es rentable. ¿En qué medimos la rentabilidad? ¿no es rentable el oxígeno que respiramos?, ¿no lo es tampoco frenar la desertización, ni la vida de tantos miles de especies que se desarrollan entre los árboles? ¿no es tampoco rentable cobijarse del sol abrasador a la sombra que ellos dan? ¿Y que me dicen de las vidas que se cobra cada año, de los bomberos y voluntarios que intentando sofocar la ira destructora de las llamas, dejan entre ellas su máspreciado bien?

Mientras no tomemos conciencia de que el dinero no se come, que por mucho que tengamos nunca podremos comprar con él lo que estamos destruyendo, me parece que por muchas dotaciones que los diferentes gobiernos faciliten, tenemos la batalla perdida.

Porque, y quizás sea eso lo más importante, no se trata de una guerra contra nadie, o no debería tratarse de ello, sino de todo lo contrario, de vivir en paz con la tierra, o sea, con nosotros mismos.

**E**L pasado 6 de julio, después de leer en IDEAL un artículo de opinión titulado «Las naranjas de Orce», pensé: «Mira que bien, por fin han publicado el informe que aquel famoso catedrático y asesor científico de la Junta —y por encima de todo miembro destacado del partido— debió entregar a la Dirección General de Bienes Culturales para que le retiraran a José Gibert los permisos de excavación en Orce». Pero no. Pronto me di cuenta de que se trataba de un artículo firmado por la Dra. Martín Suárez. Y digo firmado, sólo firmado. Era lógico que pensara lo que pensé, y es que el susodicho artículo afirma que la Junta tomó las decisiones correctas en todo momento y, sobre todo, está lleno de falsedades que ofenden la memoria de Gibert. ¿Será porque las naranjas de Orce se les han vuelto amargas a algunos de tanto apretujarlas? Y esta última afirmación me obliga a matizar, punto por punto, los comentarios de la Dra. Martín Suárez.

Volvemos con lo de siempre: la tan manida cresta en el interior del occipital del «cráneo de Orce». Haciendo una serie de silogismos, que para nada responden a la realidad, la autora dice: «Si los silogismos en las ciencias empíricas funcionaran así, entonces lo diríamos de otra forma: casi todos los caballos jóvenes tienen una pequeña cresta en el occipital, el animal más abundante en el yacimiento de Orce es el caballo, por tanto... Pero en el mundo de lo vivo la cresta de una niña romana indica sólo eso: que esa niña romana tenía una cresta en el occipital. Y nada más.»

# Las naranjas amargas de Orce

DR. FRANCESC RIBOT TRAFÍ PALEOANTROPÓLOGO

Leyendo esto, uno se da cuenta de que quien lo ha escrito no se ha leído los artículos de Campillo y sus colaboradores y desconoce, por tanto, la realidad de la polémica. Como muestra, le diré que en ninguna parte de estos artículos se dice que se trate de una niña (Campillo me comentó que esa afirmación salió en la prensa por error), y eso me lleva a pensar que la autora se ha limitado a leer las informaciones aparecidas en la prensa, sin acudir a las fuentes originales: los artículos científicos. Si se los hubiera leído, como era su obligación para hablar con conocimiento

de causa, se hubiera dado cuenta de que sus silogismos están muy mal planteados.

El tema, para los científicos imparciales y serios siempre ha sido: «El cráneo parece humano excepto por la cresta sagital que le asemeja a un caballo; cuando demostréis que la cresta entra dentro de la variabilidad humana, entonces nos lo crearemos». Y así lo han hecho paleoantropólogos de la talla de Emiliano Aguirre. Por cierto, cuando le envié los artículos al profesor Aguirre me dijo que hacía ya días que se los había leído: ¡Este es el proceder de un científico honesto consigo mismo y, por ende, con la ciencia!

Veo con satisfacción que la Dra. Martín Suárez ha enviado una carta de rectificación al Director de este periódico acerca de los estudios inmunológicos publicados sobre el cráneo de Orce. Dice el refrán que rectificar es de sabios: sirva de ejemplo a todos aquellos que han envenenado a conciencia la discusión científica sobre la humanidad, valga la redundancia, del «Hombre de Orce». Sin embargo, permítame reiterarle que antes de hablar de un tema que se desconoce uno se debe informar leyendo los artículos ori-



## A Jorge Enríquez del Árbol, en el recuerdo

MANUEL DE PINEDO GARCÍA

**E**RA alto, como un ciprés enamorado de la luna. Y la luna se lo llevó un día caluroso de este julio. ¡Ay, julio! Y no se lo llevó 'por las alamedas', ni por los tejados gitanos del Albaizín, ni por la fuente del Avellano, con rumores en el agua de Ganivet, ni por los bosques oníricos.

¡Hasta siempre, Jorge! Hasta mañana, hasta hoy, hasta ayer. Tú sabes, tal vez ahora mejor que nunca, que te quería.

Sobre sus espaldas había caído el goteo de los años tristes, sólo con el intermitente perfume de sus risas, que tanta felicidad aportaron a los que estuvimos a su lado, a los que le admirábamos, a los que mojábamos el pincel de nuestra ignorancia en el tintero de su saber.

¡Años tristes! Sí. La muerte prematura de un hijo. Las graves dolencias de su esposa, siempre al borde del abismo. La de-

formación de un dedo de su mano, que le impidió hacer fantasías musicales sobre las teclas. ¡Qué gran pianista hubieras sido, amigo Jorge! El abandono, a última hora, de un ser querido. La descarada y repugnante mueca de la muerte acercándose. La partida de ajedrez interrumpida.

«Compañero del alma, compañero...»

Hace algunos años se organizó en Granada un "open" de ajedrez, por equipos, con varios participantes de empresas punteras de la capital. El destino, la suerte, en mi caso, me llevó a la final. Tuve que enfrentarme a él, sin destino y sin suerte, únicamente por sabios y sobrados méritos. Yo no quería jugar la partida porque me parecía un 'pecado', una irreverencia, una falta de 'lesa deportividad' hacia el maestro.

— ¿Por qué no quieres jugar, Manolo?

— Jorge, soy consciente de mi inferioridad— le dije.

— No, hombre — acompañó sus palabras con una sonrisa abierta, franca, amiga.

En el sorteo me correspondieron las blancas. Jugué peón cuatro rey y abandoné.

— Manolo, ¿cómo es que abandonas?

— No puedo seguir, Jorge.

— ¿Te sucede algo? — vi su rostro inquieto.

— No.

— Por favor, continuemos. Se trata, simplemente, de un trofeo sin mayor importancia. ¡Sin mayor importancia! Claro que tenía importancia: para mí, para él, para los que habían participado y se quedaron a las puertas del éxito.

Jugamos, atendiendo a sus ruegos. Jorge movía las piezas rápidamente, impulsado por reflejos profundos, de estudio y análisis. Yo lo hacía más despacio, sometiendo mi cerebro, muchísimo más limitado que el suyo, a una gran presión.

ginales, como ya le he dicho antes.

No obstante, lo que me parece más grave e imperdonable es el tratamiento que recibe en el artículo el malogrado José Gibert, al que pinta como un científico obsesionado y fanatizado por encontrar restos humanos, alguien a quien no le importaba cómo se excavaba, cómo se sacaban los fósiles, si se rompían o no, en definitiva, alguien que lo hizo todo muy mal. Y lo peor de todo es que se trata de una persona que ya no está entre nosotros para poder defenderse de tan viles acusaciones. Quien ha escrito esto, y por tanto el autor intelectual del artículo, éticamente deja mucho que desear. Además, se me hace muy difícil comprender cómo puede saber la Dra. Martín Suárez cómo excavaba Gibert, si ella jamás subía a excavar a los yacimientos: se quedaba con otro grupo cribando sedimento al lado del cementerio en busca de dientes de roedores, y ni siquiera participaba en la clasificación de los fósiles que se hacía por la tarde. Lo que no nos dice la autora es que —impuesto por la Junta— en aquellos años, había un director técnico y, por tanto, responsable de la metodología de excavación, Isidro Toro.

Por otra parte: ¿cómo puede afirmar que Gibert clasificaba como humano todo lo que era inclasificable si, a raíz de la polémica Gibert se «miraba con lupa» todos los huesos? Si la Junta obró con tan buen criterio como dice, y le quitaron los permisos a Gibert por sus «tropelías excavatorias»: ¿por qué años después sí se le concedieron permisos al citado director técnico? ¿Acaso la Junta tiene un doble rasero? o ¿será que detrás de todo hubo o hay una mano negra? Para su información, le diré que los yacimientos se excavaron con gran meticulosidad: los huesos se extraían rigurosamente y se consolidaban, y el sedimento se limpiaba. Se tomaban los buzamientos, las coordenadas y las direcciones de cada uno de los huesos y después se clasificaban. Aún conservamos fotocopias de los gráficos de todas las cuadrículas: si alguien las quiere ver... Muchos de los que desprestigiaron la labor de Gibert con estas falsedades podrían aprender mucho de él: tanto sobre los métodos de excavación como a saber estar al pie del cañón en los yacimientos.

Trata a Gibert de expoliador, sin un atisbo de rubor o vacilación: ¡cuando no se lo creen ni los que le pusieron la desorbitada multa! Personalmente, creo que aquella multa —que superó en mucho todas las

preocupaciones que ya tenía José Gibert— ya se había fraguado antes de que empezara la campaña de excavación. Tratar este asunto me llevaría mucho espacio, pero si algún día quiere podemos hablar tranquilamente de todo lo acontecido.

Por otro lado, si a una persona le dan permiso para prospectar pero la Administración no le ofrece ninguna ayuda económica, es lógico y perfectamente lícito que recurra a otras fuentes para «buscarse la vida». En consecuencia, los descendientes de Jefferson son tan válidos como cualquier otro. Pero, como en todo el artículo, la Dra. Martín Suárez habla sin conocimiento de causa y me siento en la obligación de aclarar a los lectores que no eran 3.000 sino 800 euros lo que pagaban «los descendientes intelectuales de Jefferson». La diferencia es abismal: ¿verdad?

Me gustaría también aclarar que sí que somos un grupo de científicos con pensamiento libre; es evidente que sí. Pero: ¿pueden otros decir lo mismo? La prueba de nuestro pensamiento libre es que no nos hemos doblegado, ni lo haremos, frente a la imposición de un «pensamiento único» en ciencia, ni ante actitudes caciquiles y absolutistas del «aquí mando yo y se hará lo que yo quiera». ¿Qué clase de pensamiento albergan quienes comulgan con quien así actúa y piensa?, ¿son librepensadores o tienen el pensamiento esclavo?

Y, como guinda final, la frase del verano, «los yacimientos no se heredan». Es ésta una de aquellas frases que hacen sentir a su autor la quintaesencia de la habilidad mental. En su foro interno debe pensar: «¿Pondrán mi gloriosa frase como título de la canción del verano?, me lo merezco». Y la frase se va repitiendo por ahí, gracias a los voceros agradecidos. No es una cuestión de herencias: Luis jamás ha pedido la dirección de los yacimientos, y así se lo hizo saber al responsable de la Junta, únicamente coordina un equipo multidisciplinar de unos 20 científicos de 7 instituciones nacionales y 6 internacionales, que siguen ilusionados con el proyecto que inició José. Y aunque a muchos les cueste reconocerlo, actualmente Luis Gibert es la persona que mejor conoce la geología de la cuenca, ¿a qué responde este empeño contumaz en apartarnos de Orce?

Conociéndole como lo conocí, José Gibert jamás hubiera desacreditado la memoria de nadie: sus principios no se lo permitían.

En la jugada treinta y dos abandoné y nos dimos la mano; noté en su piel el calor de la sabiduría y de la amistad.

Jorge fue campeón de España, por equipos.

Recuerdo cuando me hablaba de su encuentro casual, en Palma de Mallorca, con el mítico Bobby Fischer. ¡Y cuántas cosas más recuerdo!

Entró a la empresa donde yo ya estaba, algún tiempo después. Su «dedo», sus frustraciones... le llevaron allí.

Era cinco años menor que yo. No sé qué estudios tenía; nunca se lo pregunté ni me importaba. Lo que sí descubrí, al pasar los meses, es que era un intelectual, sin títulos ni doctorados, un intelectual honrado, comprometido, que dudaba y creía, como tú y como yo, que no aceptaba el 'opio', en todos los sentidos, ni la televisión; ni le interesaba el fútbol, ni las corridas de toros, ni el 'tour', ni las películas de 'buenos y malos' rodadas, por ejemplo, en Hollywood. En cambio, perdía la vista entre las páginas de los libros: perfume a imprenta, viejo saber, placer inigualable.

Hace pocos días, un amigo común, prestigioso médico, nacido en la Ceuta querida

y añorada, hablamos de él; y con frecuencia lo hacía con otro especialista de la ciencia médica, mientras jugábamos una partida en nuestra asociación. Este último también mueve las piezas con arte, aunque sin llegar a la maestría del que acaba de dejarnos.

Jorge ya ha pasado a la pequeña, o grande historia del ajedrez.

Conocía todas las aperturas, todas las celadas, todas las formas de desarrollar los alfiles o los caballos. Y, supongo, casi estoy seguro, de que ha aportado algo propio a este bellissimo, estético y complicado deporte.

¿Dónde estás, ahora?

Estoy seguro que jugando una partida, sin tablero, sin peones, sin dama, sin torres... Jugando una partida entre las nubes, más allá del esperanzado horizonte de claridades y azules, con la luz de la envidiosa luna y los ángeles como testigos.

¡Adiós, Jorge, mi querido amigo!

Desde que supe la noticia, miré al hermoso cielo de nuestro Mediterráneo y descubrí, extrañado y feliz, que brillaba una nueva estrella. Cerré los ojos y...

¡Adiós, «compañero del alma, compañero»!

## CARTAS AL DIRECTOR

Los originales que se envíen a esta sección no deberán sobrepasar 25 líneas mecanografiadas. Estarán firmados y se hará constar el número del D.N.I. junto con el domicilio y el número de teléfono de sus autores. La Dirección del periódico se reserva el derecho de publicar los textos recibidos, así como de extractarlos en el caso de que sean excesivamente largos. Dado el volumen de originales que se reciben, no se mantendrá correspondencia ni contacto telefónico con los autores. También pueden enviarse por correo electrónico a la dirección: [cartasdirector@ideal.es](mailto:cartasdirector@ideal.es). En este caso, compruebe que su carta está libre de virus para que pueda llegar a su destino.

### Viajar con niños

Sr. Director de IDEAL: Ruego publique esta carta para permitirme un pequeño desahogo y por si puede servir de ayuda a quienes viajen con niños... que no sufran como yo una aventura surrealista.

Todo comenzó cuando, ante la proximidad de un viaje con mi hijo de siete años, en la agencia me recomendaron expedirle el DNI para el trayecto en avión. Por ser la primera vez, era necesario adjuntar la Partida de Nacimiento, con la que comencé la pesadilla que relato:

1. En internet no figura actualización de el Juzgado de Instrucción nº 5 se ubica hace años en el edificio de la Caleta. Primer paseo en vano.

2. Ya en el sitio correcto, me dicen en información, una señora cansada de sí misma, que el documento tardará mes o mes y medio. Ante mi desesperación, me sugiere volver por la tarde si es urgente..., pero hay colas de 200 ó 300 personas. Usted verá.

3. Vuelvo por la tarde, con 42 grados y mi pobre niño, una hora antes. (Por circunstancias desgraciadas, no pude dejarlo con ningún familiar). Y no había nadie allí. (Las 200 ó 300 personas fueron abducidas por los extraterrestres).

4. Quien me atendió no sabía o no podía con la impresora. Tuve que volver al día siguiente. Maldito día en el que quien verifica el documento con su firma aún no había podido hacerlo. ¡Ahhh! Vuelva vd. mañana.

5. Por fin aparezco en comisaría y me dicen que falta el Certificado de Empadronamiento (perdón, encabronamiento). Cuando pedí información, no me fue comentado.

6. Obtengo dicho certificado y vuelvo a comisaría, donde el día anterior me dicen que «no es necesario pedir cita», que vaya cuando pueda... Y me dan cita para dentro de ocho días..., justo cuando comienza nuestro viaje. Milagrosamente, deciden dar cinco números más... Salvados.

Conclusión: ¿Es necesario peregrinar cuatro veces al juzgado para obtener una partida de nacimiento?

¿Por qué no informan de toda la documentación que hay que llevar a la vez? ¿Es normal esperar ocho días para obtener una cita? No entiendo nada.

Como tantas veces, nos vimos envueltos en una situación penosa, surrealista y tercermundista. Quien pretenda viajar con niños, que inicie los trámites un mes antes. Gracias y buen verano.

María del Mar Ortiz Otero Granada

### Falta de sensibilidad en los ayuntamientos

Sr. Director de IDEAL: Me permito enviar al periódico que usted dirige esta carta sobre la falta de sensibilidad de los Ayuntamientos.

Quizás no todos los Ayuntamientos merezcan este calificativo, pero sí que son muchos los que caen en esta falta de sensibilidad para con sus conciudadanos. Ahora me estoy refiriendo al Ayuntamiento de Alfajar, que se permite, como otros muchos, organizar conciertos al aire libre y muy cerca de los domicilios de los sufridos habitantes, sin tener en cuenta que para satisfacer a un núcleo reducido de la población, me refiero a la escasa asistencia de público que hubo el pasado sábado en la citada localidad, molestan enormemente al resto de los residentes en el municipio.

No sé si habrá alguna forma de medir los decibelios que se alcanzan en los citados conciertos, pues parece ser que no están organizados para los asistentes a los mismos, sino para que los oigan en las poblaciones vecinas.

Y no hablemos del horario, que podría ser razonable teniendo en cuenta la época del año en que nos encontramos y el tratarse del fin de semana, pero que supera todo lo razonable, con el objeto, parece ser, de que no se duerma en toda la noche. Muchas gracias por su atención y buen verano.

Francisca Medina Montalvo Granada

## SORIA

### FÓRMULA UNO: NUEVA ESTRATEGIA DE RENAULT

Primero llega una rueda, luego el motor, detrás el volante, después Fernando Alonso y finalmente... ¡el champán!

